palabras con el ímpetu del que arroja vitriolo:

—¿Te convences ahora? ¡Lo he jurado por el zancarrón del profeta! ¡Tú no serás ya mía; pero no será tuyo ningún hombre! ¡No sentirás jamás en el surco infecundo de tu vientre la esteva del macho!... ¡Estás maldita como el cerdo!

La domada domadora cayó de rodillas sobre el escaloncito de su cuarto.

Yo estaba clavado por la emoción en la plazoleta. ¡Ono había lógica psicológica en el mundo o se iba a realizar mi sueño dorado!

Pero no; no me engañaban mis cálculos. En el exuberante pecho de la guatemalteca se produjo el efecto que yo enredosamente había preparado.

Se alzó del suelo, con los hermosos ojos acrecentados por la cólera, y sus divinos labios trémulos por la sed de venganza... Ardía, se retorcía su carne... Estaba soberbia. Me miró y me dijo:

—¡¡Ven, Moreno!!

Fué aquella una extraordinaria y carnavalesca cópula entre una esclava etíope y un payaso.

Ella sació su deseo y yo el mío.

Este cabello que usted ve se lo arranqué en un arrebato de romanticismo, para recuerdo de la aventura.

Es la única tontería que he cometido en mi existencia. Por ella únicamente no se puede decir que no tengo «un pelo de tonto».

FIN



LA RUBIA DEL AUTO CELESTE

La Novela Sugestiva

LA RUBIA DEL AUTO CELESTE

por

FERNANDO DE LA MILLA

Ilustraciones de
SEGURA

34

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

BRUNO: *Et poussez bien le verrou!... Et si je crie derrière la porte, si j'appelle, si je me lamente, restez entrelacés comme des initiales!... C'est mon bon plaisir...*

F. CROMMELYNCK: *Le cocu magnifique.*

I.—ANOCHECÍA...



NOCHECÍA...

—El marqués de Casa-Grijaldos le espera en el salón amarillo.

El criado hizo una reverencia vergonzosa, giró sobre sus talones y se marchó. Subí preocupado las escaleras del casino. ¿Volvería el marqués a su canzoneta insoportable? Hacía varios días que no me dejaba a sol ni a sombra. Era algo verdaderamente extraordinario. ¿Empezaría a chochear mi buen amigo? ¿Qué justificación podría tener su inesperada manía?

Apenas me vió, onduló en el aire, como una bandera, el periódico que, seguramente, acababa

de anotar con todo cuidado y esmero (viejo lector de los anuncios afrodisíacos de la cuarta plana).

—¡Eh! ¡Arganda! ¡Aquí estoy!

—¡Hola! Me han dicho al entrar que me esperaba usted.

—Sí. ¿Tiene prisa?

—Ninguna. A sus órdenes.

Por su sonrisa de ventura me convencí en seguida de que iba a hablarme de lo que constituía su obsesión de aquellos días. Era indudable que se preparaba a «darme el notición». ¿No habéis gozado nunca benévolamente al contemplar el goce del buen ciudadano que se dispone a dar el notición? El viejo marqués me miraba casi enternecido, una dulce sonrisa beata en los labios, los ojos maliciosamente encogidos en un delicioso fruncimiento de marrullería. Retardaba con voluptuosidad el soñado instante de la revelación... Dejó de contemplarme... Golpeó después con el índice, para quitarle la ceniza el leve cigarrillo emboquillado. La ceniza manchó ligeramente su pantalón negro de raya impecable. El marqués, con movimientos lentos, cachazudos, limpió el pantalón de la ceniza providencial que retardaba más aún el instante supremo.

Al cabo, inclinándose hacia mí, perfumando de misterio sus palabras:

—Anoche estuve con Julita...

—¿Quién es Julita?

—¿Que quién es? ¡Adivínelo!

—Ya está. ¿Y se llama Julia?

—¿Le gusta el nombre?

Me parece que no pude disimular un gesto de fastidio.

—¡Qué manía! ¡Ni me gusta ni deja de gustarme! ¿A mí qué me importa?

—¡Ah! ¿No se le ocurre más que eso? ¡Ingrato! Estaba en un palco de la Comedia... Me hice presentar... De lejos es un encanto; de cerca..., no sé..., un deslumbramiento. ¡Oh, sus inmensos ojos metálicos, amigo mío! Los siente usted en su carne como una punzada...

Sonreí.

—Marqués, está usted esta noche de un lirismo enternecedor.

No me hizo caso. Conversador admirable, sabía sostener en línea recta el hilo de sus narraciones, consciente de la fatiga irremediable que se deduce de los portillos innecesarios abiertos en el cauce de toda historia, por muy interesante que sea.

—Alégrese, presumido—siguió—. Me preguntó por usted en seguida. «¿Quién es? ¿Qué hace?» En fin, sin rodeos, ¿quiere usted que se la presente esta noche?

—¿En dónde?

—En su casa.

—¿Va a estar ella sola?

—Hombre... ¡Qué bárbaro! No sé... Aun no he podido informarme del todo... Sólo he logra-

do saber que vive en un pisito muy discreto... Que es la querida de no sé quién..., de un extranjero—un alemán, me parece—que dirige aquí, en Madrid, una casa de maquinaria eléctrica... ¿Eh? ¿Qué tal?

—No está mal del todo.

Apenas desembarazado de su airosa comisión, el buen marqués se apresuró a dejarme solo. Tenía que hacer... Había ido al casino exclusivamente a anunciarme la buena nueva... Sabía que era aquella la hora de verme allí ..

Naturalmente, quedamos citados para aquella noche.



II.—LA RUBIA DEL AUTO CELESTE



ERPLEJIDAD!... ¡Perplejidad! ¡El marqués empeñado en facilitarme aquella aventura, aquella probable aventura; mejor dicho, aquella posible aventura, mejor dicho aún!

Quedé hundido en el butacón, adivinando en mi rostro una expresión perfectamente idiota.

—¿Estará perturbado ese hombre?—me dije—. Si lo está, se trata de un caso de alienación repentina... y galopante.

¡Mi buen amigo, el marqués de Casa-Grijaldos, dedicado en cuerpo y alma al amable oficio de tercería!

Pero ¿qué interés podía ser el suyo en aproximarme a aquella mujer? Siempre le había creído un hombre equilibrado, jovial, vulgarote, buena persona... ¿Cómo había podido transfor-

marse repentinamente en un viejo «gaga», poco menos que intolerable?

* * *

Fué una noche de mayo... A primera hora... Al filo de las ocho y media... Nos hallábamos el marqués y yo solos en el balcón de la biblioteca del casino. Pasaban por la calle de Alcalá los últimos coches de vuelta de la Castellana. Revistábamos aquel desordenado ejército de mujeres hermosas. Mutuamente nos avisábamos:

—¡Arganda, mire qué par de señoras! ¡Sí, hombre, en el Hispano de la derecha! ¡Pues ¡digo!, y van en el coche de Pepito Azurmendi! ¡Señor, qué escándalo, qué verdadero escándalo de mujeres guapas!

Entre los avisos del marqués, llegó éste, más férvido, más apremiante que todos los anteriores:

—¡Arganda de mi vida! ¡Vista a la izquierda! ¡La rubia! ¡La rubia! ¡La del auto celeste!

Y yo hecho un taco.

—Pero ¿está usted en el limbo? ¡Que se le va! ¡La rubia, caray!

Buscando a diestro y siniestro, loco, desalentado, le repliqué:

—¡Pero si no veo más que rubias! ¡Si todas van pintadas de rubio!

En efecto, la calle de Alcalá, intransitable en aquella hora de prima noche, era como un proce-



La rubia miraba insistentemente a un balcón.

loso mar de cabezas oxigenadas. Mareado, se me antojó la calle cubierta por un inmenso felpudo de crines rubias, agitado desde abajo por los transeúntes como se hace en los melodramas para figurar el Océano en borrasca.

Pero el marqués no cejaba, y con medio cuerpo fuera del balcón, extendido el brazo, señalando con el índice un punto descaradamente:

—¡Allí, por vida de...! ¡Siga la línea de mi dedo!... ¡Ah!... ¡Ya no!... ¡Ya no!... Como no la vea usted de espaldas...

Estoy seguro de que, a poco más, me llama imbécil. Logré posar la vista en el punto indicado; pero, claro, no pude ver más que una melena rubia alejándose en un auto celeste hacia la Puerta del Sol.

Riendo me volví hacia mi amigo.

—Se me escapó. ¡Qué vamos a hacerle!

Vi con asombro que el marqués parecía molesto, enfadado...

—¡Ay, qué gracia!—exclamé—. ¡Se me pone usted serio!

—¡Naturalmente, hombre!.. Está uno aquí haciendo el indio indicándole mujeres guapas, y usted sin dar una. ¡Es desesperante!

Había algo tan irresistiblemente cómico en aquella inconcebible contrariedad del marqués por mi problemática torpeza al no distinguir en un momento la mujer que él me señalaba, que mi risa

se amplió, intensificándose en una carcajada formidable.

—Marqués, está usted muy grave. Póngase en cura—le dije bromeando.

—¡Merde!—replicó, y me volvió la espalda.

Pero no fué sólo que me volviera la espalda, sino que se marchó.

Yo seguí riendo, claro, y riendo me sorprendió Pepito Azurmendi.

—¿De qué te ríes?

—¡Chico, estupendo!

Y le conté lo que acababa de ocurrirme. Pero Pepito Azurmendi apenas me hacía caso. No tenía lentes—y digo lentes porque los ojos, por sí mismos, le servían para bien poca cosa—; no tenía lentes, repito, ni atención más que para avizorar el ganado—como él decía—que inundaba la calle.

—Oye, Pepito—insistí—. ¿Tú sabes si el marqués está neurasténico?

—¡Pues no ha de estarlo!—contestó sin mirarme.

—¿Cómo que si no ha de estarlo? No te entiendo.

—¿Quién no está neurasténico con esta pajolera vida que lleva uno?

III.—PEPITO AZURMENDI, LÍRICO Y SENTIMENTAL



EPITO Azurmendi era un tipo curioso. Treinta años, alto, escuálido, nariz afilada y prominente, boca blanda, de vicioso. Tan alto, tan delgado, que, al sentarse, dijérase un muñeco que se plegaba dócilmente.

Mucho, en efecto, había en él de contorsionista. Su cuerpo y su pobre existencia se ajustaban a todas las contorsiones imaginables. Hoy se le llamaría un fresco. En lengua vieja se le llamaría parásito. Pero no parásito de uno sólo, sino de todos sus amigos.

No es que no quisiera trabajar. Es que no podía. Es que físicamente no podía.

El, impagable cínico, lo proclamaba a veces ante todos los que quisieran oírle. Y he aquí que queríamos oírle todos cuantos le conocíamos. Porque,

escuchándolo, pasábamos ratos deliciosos e inolvidables.

—No es que me niegue a trabajar—solía decir—. Es que trabajo y me pongo enfermo... Literalmente enfermo. Ustedes lo saben... Todos ustedes lo han visto. No depende de mí. Es algo más fuerte que mi voluntad. Empiezo por sentir una gran tristeza. Luego, mi tez adquiere un color terroso. Se me hunden las mejillas... Se me salen los pómulos... En cuanto a lo moral, me acobardo, me achico, me disminuyo... Yo—ustedes desgraciadamente lo saben—le pido cinco duros al lucero del alba... Y, sin embargo, soy incapaz de proponer a nadie que compre tal o cual marca de automóvil o que se haga un seguro de vida. Ya lo he intentado varias veces. Todo inútil. ¡Me muero de vergüenza!...

* * *

El marqués me había dejado en un estado de ánimo muy propicio para que buscara la charla encantadora de Pepito Azurmendi a modo de consolación.

—Ven acá, Pepito; ven acá—le dije—. Siéntate a mi lado. ¿Qué quieres tomar?

—Tres «whiskys».

—Me parece muy bien.

—Pero que me sirvan los tres al mismo tiempo, de una vez.

—Como tú quieras.

Complacido en su deseo, le hice hablar.

—Bueno, Pepito. Quedamos en que el marqués está neurasténico.

—Sí; como todo el mundo.

—¿Tú también?

—Yo el primero. Aspiro, muy razonablemente, al premio Nobel de Neurastenia

Le conté lo que me pasaba con Casa-Grijaldos. Su obsesión por que me fijara en la rubia del auto celeste. No sólo por que me fijara, sino por que me interesara por ella.

Pepito seguía escuchándome distraídamente, contando, sin duda, los *pannaux* de cristal de la puerta de enfrente. Su mirada recorría, incansable, las cuatro filas de *carreaux* biselados, alternando el movimiento de cabeza, al contar de arriba a abajo y de abajo arriba.

Neurastenia, en efecto, «se llama esa figura».

—¿Tú que concepto tienes del marqués?

—Yo le tengo por una buena persona. Conmigo se ha portado muy bien siempre.

—Un poco maniático...

—Como todo el mundo.

—Chico, con tu manera de generalizar no hay manera posible de entenderse.

—Es que yo siento una simpatía particular por todos los hombres raros, maniáticos, absurdos... Me molesta la gente normal, la gente clara, sin, por lo menos, un puntito oscuro, misterioso, in-

explicable. Ya me lo has oído más de una vez: para mí, la neurastenia es un elemento de aristocracia espiritual.

Pepito era genial en cuanto a saltos de imaginación. Había que conducir su charla o, de lo contrario, el interlocutor estaba irremisiblemente perdido.

Le retrotraje al tema que a mí, de momento, me preocupaba.

—En resumen... Lo que tú quieres es que yo te hable del marqués. *Parlons du marquis, n'est-ce pas?*

—¿Tú no fuiste secretario suyo una temporada?

—Sí... Una manera de justificar las quinientas pesetas que me estuvo pasando durante más de dos años. Por entonces era cuando estaba liado con Angelita Rosales... ¿Te acuerdas? Aquella muchacha mecanógrafa...

—No sé nada.

—Tiene cierto interés la historia. ¡El marqués, enamorado de un pimpollito de veintidós abriles! La muchacha era un encanto, esa es la verdad. Y honrada, fundamentalmente honrada, a pesar de ser una entretenida.

—Y a pesar, seguramente, de haber engañado al marqués contigo.

—Te equivocas. Y no es que yo no lo intentara. Pero no hubo manera. Ella quería al marqués, lo que, naturalmente, no quiere decir que estuviera enamorada del marqués. Era casi un cariño filial...

Le estaba muy agradecida por las muchas bondades que él tenía para con ella.

—No veo el interés de la historia por ninguna parte.

—Ahora lo verás... El interés no está en las relaciones de Angelita y el marqués, sino en las de ella con toda su familia. Una familia monstruosa por inconsciencia... Escucha...

* * *

Y Pepito Azurmendi me contó una historia tenebrosa, cuyos protagonistas, sin embargo, eran todo claridad. El marqués se puso en relaciones con una mecanógrafa de una casa de informes comerciales. La muchacha—según la verdad oficial—vivía sola en Madrid. En su oficina le pagaban veinte duros al mes por ocho horas de trabajo diario. No fué una conquista fácil. Seis meses de persecución incansable por parte del marqués. ¿Deshojó éste una flor virginal? Según todas las apariencias, habría que contestar afirmativamente.

El de Casa-Grijaldos no abandonó, como solía hacer, la presa después de conseguida. La mecanógrafa, por lo visto, le había dejado muy buen sabor de boca...

Angelita, al cabo, aceptó el irse a vivir al pisito pagado y amueblado por él. Pero con una condición: ella no dejaría su oficina. Angelita tenía como única vanidad la de ser una mujercita razo-

nable. Y aducía estas razones: «El día de mañana no lo conoce nadie... Yo quiero que la base de mi vida sea siempre mi trabajo. Mañana me dejas tú y yo ya tengo que seguir *la carrera*... Y eso no. Eso sí que no.»

Otros seis meses—es decir, un año desde que conoció al marqués—Angelita guardó el más impenetrable silencio sobre su familia. Sólo dijo que sus padres eran gente modesta. Su padre, sargento de Carabineros, en Cádiz. Su madre, antes de casarse, cigarrera.

Un buen día, hallándose el marqués en el «pisito», sube la portera y declara a Angelita que su madre no puede ir a cenar con ella «porque Avelino está un poco malo».

Angelita no tiene más remedio que confesar... Su madre vive en Madrid. ¿Quién es Avelino? Su padre no puede ser, pues que nuestro amigo ha visto un gracioso retrato del gallardo sargento en el que éste ha escrito, a guisa de dedicatoria: «A mi hija Angeles, tu padre, Pedro Pozanco.»

Acosada a preguntas... (aunque en realidad al marqués le importase un bledo los antecedentes de la muchacha, y sólo inquiría por el posible interés humano de la anécdota). Acosada a preguntas, finalmente, la pobre chica confiesa que sus padres viven separados, y su madre con «un hombre muy antipático». Y en este atributo de antipatía se encierra, como expresión, todo su rencor hacia el amigo de su madre. «Que es muy antipático»...

Sigue el acoso en los días siguientes y ella devanando la historia de su familia con la mayor lentitud posible. Son cuatro hermanas. Ella, la mayor. La mayor de las otras tres tiene quince años. Y las tres viven con la madre... O, lo que es lo mismo, con la madre y con Avelino. ¿Y su padre? En Cádiz, solo, dándose la mejor vida que puede y anunciando diariamente a todos sus amigos y conocidos que va a ir un día a Madrid y «se va a cargar a su mujer y al tío ese».

El marqués, interesado en la psicología de los personajes, quiere ahondar en ellos para que se destaquen sus hasta entonces confusos perfiles. Poco puede ayudarle Angelita en la tarea. Primero, por su reserva, y, en seguida, porque ella misma no ve claro en los personajes de su familia. ¿Su padre es un pobre hombre abandonado de todos o un formidable egoísta? Ella tiene una frase de alta potencia iluminadora: «Yo creo que mi padre, desde que nos separamos de él, vive con la agradable impresión de haberse quitado un gran peso de encima.»

Otra contradicción: Pedro Pozanco es un buen mozo. En el retrato, reciente, es la perfecta imagen que nos solemos hacer cuando se nos habla de «todo un sargento de Carabineros». Alto, fuerte, bigotazo imponente... Su esposa, Julia Medina, es una mujer decididamente guapa y de muy buen ver todavía, a pesar de sus cuarenta y cinco años. En cambio, Avelino Gómez es un hombrecito pe-

queñuco, con apariencia de carácter irritable y nervioso... Eso sí, hay más autoridad en su diminuta estatura, más impresión de mando, de «hombre de una pieza», que en la gallardía, bastante fanfarrona y teatral, del sargento. Avelino mantiene a su concubina y a las tres hijas de su concubina que viven con ellos, haciendo suscripciones a novelas populares por entregas.

El marqués sigue ahondando en la historia... Hábilmente va forzando la confidencia de su amiguita... Tampoco está ella muy segura de que su madre sea una buena madre. Cierto que de una mujer enamorada cabe esperar todas las locuras. Y la madre, enamorada de Avelino, aprovechaba en Cádiz las ausencias del esposo para introducir al amante en la propia alcoba conyugal. «Estaba tan loca por ese hombre, que no se cuidaba del mal ejemplo que me daba a mí, la hija mayor, la única que, por mi edad, podía darme cuenta de su conducta.» Creía Angelita que cuando se produjo la separación de los esposos—dos años después de iniciados los amores adúlteros—, el padre hacía ya mucho tiempo que «lo sabía». «¡Pero, señor, si lo sabían todos sus amigos, todos sus compañeros, todo el barrio!...»

La madre se marcha a Madrid con sus cuatro hijas. Y Avelino tras de ellas. Pero, a los pocos meses, Angelita tiene que separarse de la madre. «Era una vergüenza... No vivía más que para ese hombre... Para sus besos, para sus caricias... Y a

toda hora, en todo momento. Era casi un continuo encierro en la alcoba, que daba al comedor... ¡Y en estas casas de Madrid, que son un pañuelo!... ¡Una verdadera vergüenza!... Encontré la colocación de la casa de informes. Luego, haciendo particularmente copias a máquina, me ganaba unas pesetillas más... Tenía lo estrictamente necesario para no morirme. Pero todo era preferible a vivir con mi madre y con aquel hombre tan antipático que había deshonrado a mi padre.»

¿La reacción de la madre al saber a su hija «comprometida» con el marqués? No le concedió al hecho la menor importancia. No fué siquiera un resignado encogerse de hombros ante los dictados de la fatalidad. Lo supo—por quien lo supiera—; no dijo nada y siguió visitando a su hija, como de costumbre, pues que sólo se había tratado desde el principio de una separación amistosa.

Lo más divertido fué que un buen día encontró el marqués en casa de Angelita una carta del padre, en la que éste preguntaba a la hija en tono lamentablemente humorístico «por el cabezota». El «cabezota» era nada menos que el activo agente de novelas populares por entregas. Luego insistía en su amenaza de siempre: «El mejor día me presento ahí y acabo con esos dos sinvergüenzas. ¡Como un día se me ajume a mí el pescado!...» Y otra vez unas líneas de desdichado humor: «Me figuro a tu madre tan *chalá* como siempre... ¡Los muy cochinos! A ver cuando se quedan héticos de tanto

quererse. A veces doy gracias a Dios, que me ha librado de una mujer tan golfa como la querida del cabezota.»

Estas epístolas costaban a Angelita varios días de depresión y pesadumbre. Su máximo comentario era éste: «¡El pobre está loco!» Naturalmente, no las enseñaba jamás a la madre. Cierto que ésta se había desentendido íntegra y definitivamente de Pozanco. Sabía que la hija se carteaba con el padre. Jamás aludió, sin embargo, para nada a esta correspondencia. Y lo curioso es que tampoco guardaba rencor al marido. Era sencillamente que había hecho abstracción absoluta de él; era que lo ignoraba o lo había olvidado...

* * *

—¿Qué te parece?—me preguntó Azurmendi.

—Sí... Es interesante...

—Es estupendo, como tema a desarrollar. Todo sería que lo cogiera un buen novelista.

—Es posible. Pero a mí no podía interesarme del todo porque lo único que me preocupa de momento es el marqués. Y lo que me has contado se refiere exclusivamente a la familia de una de las muchas amigas que ha tenido.

—No te creas. Algo se relaciona con el marqués. Porque éste, con todo ello, se interesó profundamente por Angelita.

—No veo la razón.

—Tú no, porque todos estamos de acuerdo en que tienes la sensibilidad de un felpudo. Pero el marqués supo apreciar, en lo mucho que vale, la delicadeza de Angelita resistiéndose a dar a conocer las miserias y horrores de su familia. En ese y en otros muchos sentidos era un mirlo blanco. Te complicas con una mujer y en seguida te póne al corriente, exagerando o mintiendo, de todos los cataclismos familiares, para terminar siempre, infaliblemente, pidiéndote dinero con que remediar tantas calamidades. Angelita era una deliciosa muchacha, toda cordura y discreción y leal hasta el sacrificio.

—¡Ah! ¿Al final hubo sacrificio y todo?

—Lo hubo. Porque a los tres años de relaciones con el marqués, Angelita se enamoró de un muchacho de su edad; un linotipista, ligeramente marchoso y presumidillo, pero muy simpático... Yo le conocí.

—Ya... El obrerito y la entretenida... Los dos hijos del pueblo... El amor que triunfa... ¡Un bonito sainete de Arniches!...

—Lo que sea. Pero es así. Y un poco más interesante que de costumbre, porque Angelita no traicionó al marqués en ningún momento. Cuando comprendió que toda su resistencia sería inútil, porque se sentía verdaderamente enamorada del muchacho, planteó la cuestión lealmente al marqués.

—¡Conmovedor!...

—Por lo menos, decente. Y yo te aseguro que

para el marqués fué un rudo golpe. Desde entonces anda el hombre un poco desquiciado.

—¿Ves? Eso ya me interesa.

—Pues no puedo decirte más. Me consta que quiso mucho a Angelita. Que no hizo ostentación de ella como había hecho siempre de todas sus amantes...

—Un amor puro. En fin...

—Un amor no tan impuro como todos los otros, desde luego. No te quepa duda... Angelita era una mujer fundamentalmente honesta. Una mujercita toda sencillez y claridad.

—Ahora sí que no comprendo nada. ¡Cómo pudo interesarse el marqués, un vicioso, un degenerado como él, por una mujercita clara, sencilla y honesta como Angelita? ¡Bah!... No me digas. Es hombre de lujuria complicada... Tú lo sabes. Se ha revolcado como un cerdo por todos los burdeles de Europa.

—Precisamente. Tenía conciencia de su degeneración y vió en Angelita la mujer capaz de salvarle...

—Historias...

—No... La historia... Relato de algo verídico, de sucesos reales. No olvides que el marqués es, ante todo, una buena persona. Eso no podrás dudarlo.

—No lo dudo. Yo le aprecio mucho.

—Pues no dudes tampoco que Angelita fué su hada buena. Angelita encauzó aquella sensualidad extraviada.



Y se abrazaron...

—Y dejó la labor a medias...

—También es posible. Yo sólo te sé decir que el marqués, desde entonces, parece otro. ¡Un hombre como el marqués de antes!... De un buen humor inalterable, jovial, afectuoso... Hoy no tiene dos días iguales ni dos horas iguales siquiera. Tan pronto alegre, dicharachero. Tan pronto ensimismado, deprimido...

Al llegar a este punto, Pepito Azurmendi había injerido sus buenos siete «whiskys». No había, pues, que dar demasiado crédito a su crisis sentimental, inspiradora, sin duda, de aquel lindo relato «al agua de rosas».

Luego dirán los eruditos, remitiéndose a los clásicos, que *in vino, veritas*...



V.—¡APUESTO A QUE ES IDIOTA!



L día siguiente, un poco olvidado de lo ocurrido el anterior, me hallaba a la misma hora en el balcón de la biblioteca.

A poco, el marqués se sentaba a mi lado.

—Querido Arganda...

Me sonreía, me sonreía blandamente, fofamente. Dijérase que con su sonrisa dulzona de hoy quería disculparse de su absurda grosería de ayer.

—¡Hombre, muy bien! Conque sonriéndome, ¿verdad? ¿Y la... bufonada de anoche?

—No me haga usted caso, querido Arganda... Además, estuvo usted impertinente como nunca.

—¿Cómo impertinente? ¿Y qué es eso de «como nunca»?

—Bueno, perdóneme... No sé lo que me digo. Retiro el «como nunca». Lo de impertinente, que-

rido amigo... ¡Aquella carcajada..., Arganda de mi vida!... ¡Se me rió usted en mis narices!

—Y me reiré siempre que vuelva a ocurrir lo de anoche.

—Es que ya no volverá a ocurrir.

—¿Está usted seguro de que yo perciba al instante todas las mujeres que usted me indique?

—Pero es que yo no me volveré a sentir contrariado como anoche.

—¡Ah! Mea culpa... Mea culpa...

Hubo una pausa. Mirábamos a la calle sin decirnos nada.

El marqués consultó su reloj.

—Las ocho y veinticinco... ¡Es extraño!...

—Es extraño, ¿qué?

—No, nada... Cosas mías.

Pasaron cinco minutos. Volvió el marqués a consultar su reloj.

—¡Las ocho y media!... ¡No comprendo!...

Pero no transcurrieron tres minutos más sin que el marqués, dando un salto y señalándome un punto, me gritase:

—¡Arganda, la de anoche! ¡Mírela! ¡En el auto celeste descubierto! ¡Maravillosa! ¡Maravillosa! ¡Frente a Cedaceros! ¿La ve?

—La veo.

—¿Qué le parece?

—Bien. Está bien. Pero nada más que bien.

—¡Es una locura!

—No tanto. Es una mujer guapa, nada más.

Estas fueron mis palabras, mis comentarios a la belleza de aquella mujer. No indican, indudablemente, ninguna admiración desmesurada. Porque era en mí costumbre, volví al anochecer el día siguiente, y el otro, y el otro, al balcón de la biblioteca del casino. También volvió el marqués, y volvió a indicarme, un día y otro, a la rubia del Renault descubierto.

Una semana después, mi querido amigo había llegado a hacérseme de una pesadez irritante.

Yo podía decir lo que quisiera—me aseguraba—; pero aquella mujer me gustaba a mí más que la mar con los peces... y los barcos ingleses (palabras textuales). ¡Si lo sabría él!... Pues sí que no se me encandilaban los ojos cuando la veía pasar, displicente, majestuosa, altiva como una reina en su coche magnífico.

Al noveno o décimo día me aseguró que la rubia se había quedado mirando insistentemente al balcón... ¡De verdad!... ¡Palabra!... ¡Palabra!... Además, no parecía mujer difícil. Una cocota de lujo, sin duda... No había más que verla. Por ser escandalosa en todo, hasta era escandalosamente guapa.

Aquella vez no reí. No; no era posible reír aquella vez. ¿Se había puesto enfermo, de pronto, mi amigo? Tenía los ojos inyectados en sangre, temblaba, fluía un hilillo de baba por la comisura de los labios.

A mi pregunta de si se sentía enfermo, res-

pondió con una contracción violenta de su rostro, mezcla de angustia y de rabia: como contrariado profundamente por haber sido sorprendido en... Pero ¿sorprendido en qué?... Hizo un movimiento negativo con la mano... En seguida—tras un gran esfuerzo, que yo advertí perfectamente—se repuso... Nada... No le pasaba nada... ¡Qué pregunta!... ¡Lo interesante era que la rubia del auto me había hecho tilín!... Fueron inútiles todas mis protestas... La rubia del auto no me había hecho nada... Me había gustado, porque tenía yo la debilidad de que me gustasen mucho las mujeres guapas, y pare usted de contar. ¡Ca! Se empeñó tercamente en lo contrario y no hubo forma de convencerle.

Estuve sin verle dos o tres días. No quiso volver por la biblioteca. Volví, al cabo, y allí me lo encontré, llamándome ingrato otra vez por mi ausencia injustificada. ¡Ni una noche había dejado de pasar! ¡Y a las ocho y media en punto! ¡Qué ojos! ¡Qué figura, querido Arganda!

Yo saltaba en mi asiento.

—¡Va usted a terminar por hacérmela odiosa!

—¡Sí, sí!... Odiosa... Venga, venga al balcón. Ande, es su hora. ¡Y que está por usted! ¡Vaya un barbián!

Me dejé llevar. En efecto, a las ocho y media pasó la rubia. Y miró al balcón, abierto. Una mirada insistente. Claro, que podía mirar al marqués o a

mí. Yo—sin vanidad lo digo; podéis creerme—juraría que no miraba al marqués.

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Está interesada la señora? ¿Y está interesado el caballero?

—La señora no sé cómo estará. De mí sé decirle que me importa todo esto un pepino... Además, es de una altivez plebeya que da risa... Tiene usted razón: debe ser una mujer fácil, una cocota mantenida por cualquier desgraciado... Y los brillantes boros se le han subido a la cabeza. Apuesto que es idiota. *Une femme bete insupportable.* Una...

Me interrumpí sorprendido. ¿Por qué ponía tanto calor en mis palabras? Desde luego no había en ello indicios del menos interés por la cocota. No; la había insultado con toda mi alma y había sido sincero. ¿Entonces?... No sé; acaso ganas de molestar al marqués, por el placer de llevarle la contraria.

Y así, no recuerdo cuántos días transcurrieron. El hablándome incesantemente de la rubia; que yo le gustaba, que por qué no procuraba informarme e intentar la aventura; y yo escuchándole, unas veces sin chistar, abatido, resignado; otras divirtiéndome formidablemente y descubriendo en el marqués nuevos rasgos de un pintoresco inenarrable, y otras irritado por su insufrible contumacia, contestándole con las mayores impertinencias que me venían a las mientes... Y conste que tengo unas mientes privilegiadas para imaginar impertinencias.

V.—UN HECHIZO DE INGENUIDAD



ERA en un segundo piso exterior de la calle de Hermosilla. Nada de lujos inusitados; muebles nuevos, relucientes, pero modestos, casi humildes. Una vieja nos hizo pasar al gabinete, en el que se respiraba un ambiente casero abrumador. Aquí y allá, pruebas soberanas de un soberano mal gusto. En una mesilla, una Diana de yeso junto a una postal iluminada y ¡bordada! de la Chelito. Pero una Chelito de 1900, cubierta de arriba a abajo... Blusa de mangas largas hasta la muñeca, cuello asfixiante de ballenas hasta la nuca, y un traje largo, muy largo, de volantes y cola—cola vuelta, retorcida hacia adelante, inundando los pies de la desairada escultura—. Como digno remate, sobre el alto peinado, un sombrero descomunal, sostenido en un equilibrio inverosímil. En un tes-

tero, un «bull-dog» delicioso de Studdy entre dos tricomías religiosas de *La Esfera*.

Cuando entró Julita a punto estuve de echarlo todo a rodar, preguntándole a cuánto era la visita. ¡Me creí en un burdel de la calle de Jardines! No cabía duda: aquella desdichada se había llevado tres horas ante el espejo para «componer la figura». Venía cubierta con un peinador de seda rosa, premeditadamente abierto para que pudieran lucirse las magníficas piernas enfundadas en las consabidas medias de acero y la breve camisa de seda cruda. Pasada la primera impresión de asombro, me ratifiqué en mis primeros juicios sobre ella: aquella mujer espléndida era idiota y profundamente antipática.

Apenas terminada la presentación se sentó a mi lado.

—Me han dicho que es usted del Cuerpo diplomático y que ha estado dos años en París de secretario de Embajada.

Ante semejante inconveniencia me eché a reír y contesté burlonamente, con un íntimo designio de desilusionarla por si sus evidentes preferencias hacia mí eran el resultado de no importa qué reflexiones interesadas.

—Le han engañado. No soy más que un modesto funcionario de Estado con siete mil pesetas de sueldo. Muy poca cosa, como ve usted.

El marqués, advirtiendo mis insanos deseos de tomarlo todo a chacota, se apresuró a intervenir con

el plausible intento de evitarlo. y así, dirigiendo la conversación por un cauce mucho más insolente, pero mucho menos peligroso:

—En fin, Julita—terció— ya lo tiene usted aquí. No podrá negarme que me he desvivido por servirla.

Me quedé mirando a Julita fijamente y sorprendí en su rostro un mal disimulado gesto de contrariedad. Pero se repuso al instante y respondió, queriendo dar a sus palabras un tono de impudicia y desvergüenza:

—Vaya... pues, francamente, muchísimas gracias, que no soy yo mujer para andar con remilgos cuando hay un hombre que me entra por el rabillo del ojo.

¡Adiós mi dinero! ¿Qué hacer ante aquel cúmulo de insensateces, ante aquella demostración palmaria de la *betise* que puede encerrar un espléndido cuerpo de mujer? ¡Y aun coronó sus últimas palabras con un guiño torpe, ridículo, desdichado, execrable!

Encogiéndome de hombros, en un gesto de resignación cristiana:

—¡Cómo ha de ser!—exclamé.

Mi amigo me miraba con una mirada de súplica.

—¡Pobrecilla! ¡No se burle usted!—parecía decirme.

Pero a mí no me quedaba otro remedio que burlarme de la graciosa aventura.

—¡Qué preguntas! Es usted implacable. Julilita, ya ve usted que el amigo Arganda es un desagradecido. Se ufana demasiado de su triunfo. Le está haciendo unas preguntas terribles.

—Pues que las haga.

—¿Lo ve usted, marqués? Ella me autoriza. Dígame, ¿cuándo empecé yo a interesarle?

—Desde el momento en que le vi.

—¡Tableau! ¡Delicioso! Además de inteligente, es usted, Julita, un hechizo de ingenuidad.

—Sí, señor.

—¡Ah! ¿Usted lo sabía?

—Cosas que le dicen a una.

—Claro. ¿Y fué usted misma la que encargó a mi amigo de nuestra presentación?

—Yo mismita.

—¡Adorable! Muy bien. Pues, nada... Por mí no ha de quedar. Le aseguro que estoy dispuesto a no salir de aquí hasta mañana por la mañana.

—Por mí, con mucho gusto.

—Eso espero. Oiga, mi última pregunta: ¿está usted segura de que su amigo no vendrá esta noche?

—Segura. Está en Barcelona.

—En ese caso...

Me levanté decidido.

—¡Señor marqués de Casa-Grijaldos—exclamé—, ha llegado la hora de largarse! Mil gracias por el interés que ha puesto usted en este asunto y... nada, a largarse, a largarse. Necesito quedarme a solas con esta señorita.

—Si soy yo el único obstáculo...

—El único. ¡A la calle!

—Pues que sea enhorabuena, afortunado mortal. Y hasta más ver.

Julita, entretanto, procuraba envolverme en unas miradas voluptuosas que, dicho sea con deliberado ánimo de ofenderla, le salían bastante mal.

Salió el marqués, y tras él aquella extraña amante que por modo tan inesperado me deparaba el destino.

Quedé solo en el gabinete unos minutos. Me estrujé la frente... ¿Soñaba? Imaginé un sinnúmero de realidades posibles. No, no. Aquella realidad, como posible, me era imposible imaginarla.

Sólo acerté a exclamar:

—¡Señor, qué cosas!

Volvió Julita, seria, desdeñosa otra vez, con aquel mismo gesto de altivez plebeya en que se envolvía en el auto, de vuelta de la Castellana.

Se quedó en la puerta, y mostrándome el pasillo, me dijo fríamente. antipáticamente, odiosamente, casi como un insulto, sin mirarme:

—Pase usted. Por aquí.

VI.—¿PERO ESTAMOS LOCOS?



Nos encerramos en la alcoba; una alcoba vulgar de burdel barato, de lecho bajo, alfombra tupida, diván, tres globos eléctricos—blanco, rojo y azul—y grandes espejos biselados.

Se prolongaba demasiado un silencio embarazoso, roto, al cabo, por Julia con esta interrogación extemporánea:

—¿Te gusta mi casa? Está bien puesta, ¿verdad?

La pregunta, como veis, era un admirable prefacio para entrar en materia.

—Oye, ¿de qué pueblo eres tú?—le pregunté.

—De Coscurita.

—¿Y eso qué es?

—¿Cómo que qué es? Pues mi pueblo... Provincia de Soria.

—¿De manera que de Coscurita?

—¡Vaya!... Lo que tú quieres es tomarme el pelo. Anda, ven...

Se había tendido en el diván, en una actitud horrenda de *gaucherie* y de mal gusto.

—¿No me dices nada?—me preguntó.

—Es que no sé..., no sé... No salgo de mi asombro.

—¿Y de qué te asombras?

—Bueno; es lo mismo. No me entenderías.

—Pero ¿te gusto?

—Mujer, como gustarme, lo que se dice gustarme, naturalmente, me gustas mucho. Eres estupenda de guapa, lo que se dice estupenda... Ahora que...; nada,, que no me lo explico. Vamos a ver, contéstame: ¿Yo, fíjate bien: yo, este ciudadano que tienes delante de ti, yo te he gustado?

—Mucho, ya lo ves... Cuando te he hecho traer a mi casa...

—¿A ver?... ¿A ver?... Repite.

Y la muy sandia lo repitió mirando al techo y rascándose la pierna.

—Te digo que no lo entiendo—insistí.

—¡Ay, qué hombre! ¡Quien no te entiende soy yo!

Recogí velas. Una vez la aventura en marcha, no me convenía arriesgar en remate forzando el tono burlón de mis palabras.

—Bueno, mujer, bueno, no te enfades. Nada, aquí me tienes a tus órdenes. Sólo que... vamos,

me parecía a mí que las señoras cuando se enamoriscaban de un caballero que les había entrado por el rabillo del ojo, como tú dices..., vaya, que se comportaban de otra manera.

¿Qué iba a decir si no? Me parecía todo aquello tan absurdo, tan extraordinario... ¿Aquella mujer que estaba tendida en el diván, despatarrada, soberanamente hermosa, sí, pero jugueteando distraídamente con los flecos del diván, aquella mujer aspiraba seriamente a un amoroso cabalgamiento de mi parte?

—¡Qué tonto eres!—me dijo de pronto—. Anda, dame un beso.

Ya esto me parecía más razonable. Y aprobé:

—Un beso... ¡Sí, señor!

—¡Qué bruta! ¡Qué bruta; pero qué hermosa!

Me incliné y le mordí los labios.

—¡Quita, hombre, quita, que me haces daño! ¡Qué barbaridad!

¿Eh? ¡No le gustaba! La pobre la enmendó como pudo.

—Es verdad... Yo no sé qué gusto sacan los hombres con morderle a una...—y enseñándome un pico de la camisa que se había llevado a la boca—: Mira, sangre... Además que yo no te pedía un beso en la boca...

¿Iba a indignarme? Creo que no valía la pena. Sin embargo, yo tenía que desahogarme de algún modo.

—Mira, ¿no vas a ofenderte?—la dije.

Y a su respuesta de que no, de que ella no se ofendía nunca:

—Bueno, pues atiende—le rogué—. Eres la paleta cazurra, cazurra; la más cazurra que ha salido de vientre de madre. ¡Ya lo sabe usted!

Si no se lo digo, reviento. Le tiré el ¡usted! como una pedrada.

—¡Qué bromista eres!

—¡Ah! Pero ¿no te enfadas?

—No. Yo sé que es de broma.

Y atrayéndome:

—Ven...

—¿Qué quieres? ¿Otro beso? Luego me dirás que te hago daño.

—Ven, tonto...

Ensayó un gesto que quiso ser de vicio ruboroso. No logró más que un gesto de invitación repugnante.

Comprendí.

—¡Ah, no! ¡Eso, no! Un cuerpo como el tuyo hay que poseerlo... honorablemente, dando el pecho, como un jayán.

—No te entiendo. Ven...

—Yo a ti sí te entiendo, y eso me basta. No me compliques. Te he dicho que no.

Me había acercado a ella y cogido sus manos para atraerla hacia el lecho, al que no era mucho suponer impaciente.

Pero ella insistió en su designio, y desasiendo

sus manos de las mías las engarfió en mis cabellos.

—¡Pero no comprendes!—exclamó francamente irritada.

—¿No he de comprender? ¡Pero te he dicho que no! ¡Suéltame!

—¡No!

—¡Que me sueltes, te digo! ¡Ahora eres tú la que hace daño!

—¡Tontín!

—¡Vamos, esto es ya de una estupidez intolerable! ¿No me sueltas?

—No.

—¡Mira que te la ganas!

—¿Vas a pegarme?

—De ti depende. ¡Suéltame!

—Que no.

—¡Por vida de...!

De un tirón, de un tirón horrible, que dejó unas crenchas de pelo entre sus manos, me desprendí hacia atrás, volví instantáneamente a ella y tabletearon en la alcoba dos bofetadas inconmensurables.

Hubo un silencio trágico. Lo confieso paladinamente... Sentí mucho miedo, un miedo horrible, cerval, indominable... ¿Qué significaba todo aquello? ¡Era ya demasiado absurdo! ¡Una congoja horrible me atenazaba el pecho! A punto estuve de gritar o de echar a correr. ¿Estaba despierto, despierto, en posesión de todos mis sentidos? De repente se me ocurrió algo espantoso, que

me hizo retroceder unos pasos hacia la puerta. ¿Sería todo aquello una broma de pésimo gusto? ¿Me habrían encerrado con una loca?

Ella me miraba siniestramente, con una mirada de odio implacable.

—¡Eres un canalla!—me insultó.

—Está bien. Acabemos—repuso—. ¡Abre esa puerta!

—¡Eres un canalla!—repitió ella temblando de ira.

—¡Que abras!

—¿Tienes miedo?

Yo no sé por qué le contesté con esta baladronada incalificable:

—¿Miedo? ¿De quién? ¿De ti?

—¿Por qué me has pegado?

Se había dado perfecta cuenta de mi miedo, y, contrariamente a lo que era de esperar, en vez de fomentarlo, aunque sólo fuera para humillarme, hizo un gran esfuerzo por aparecer tranquila y, a la vez, tranquilizarme a mí.

—Perdóname... No te pongas así... Si no quieres, déjalo... Parece mentira que te hayas portado así conmigo. Ya ves, me gustaste, te hice traer a mi casa; la primera noche te abro la puerta de mi alcoba... Qué mal me pagas. Y perdóname.

Verdaderamente se había transformado en un instante. No sé cuántas más zalamerías me dijo, que, al cabo, lograron tranquilizarme, no sólo por sí mismas, sino porque, además, me sugirieron la



Y observaba por la puerta entreabierta.

idea de que si lo que ella había estado buscando desde el primer momento no habría sido aquel soberbio par de bofetadas... ¿Habría acertado y, a fin de cuentas, habría caído en la ingenuidad de creer una loca a una pobre histérica aficionada a las torturas masoquistas? Entonces, ¿cómo me rechazó al sentirse mordida en los labios? ¿Tal vez para excitarme, para provocarme?... Seguramente. Me así a esta explicación, falto de otra, como a la tabla el náufrago.

La emoción, la lucha de mis pensamientos encontrados ante la imposibilidad de dar solución a tantos enigmas como se me habían planteado aquella noche, la misma angustiosa sensación de miedo, todo contribuyó a provocarme un afán sensual extraordinario.

La poseí con verdadera furia. Fué un copular salvaje, horrendo, tremante de placer y de martirio.

Me vestí en dos minutos. Inmediatamente después de consumar cualquier aventura fácil de este género—me ocurre siempre—siento un malestar, un asco que no tarda en convertirse en una imperiosa necesidad de estar solo, o, por lo menos, lejos de la hembra que me los ha provocado. Esto me recuerda el gracioso decir del poeta Heliodoro Puche, quien afirmaba que el amor debe hacerse —pase el galicismo—en el alero de los tejados, con el generoso fin de que, apenas la comedia finita, pueda uno tirar a la mujer, de una patada, a la calle.

Además aquella vez me apresuré más que de costumbre porque maldita las ganas que tenía de salvar el consabido silencio embarazoso propio del caso con las cuatro simplezas de ritual.

Ya iba a despedirme cuando ocurrió algo insólito que me elevó la sangre a la cabeza y en un instante me hizo estremecer de cólera. No pude contenerme, y arrojándome sobre ella le grité:

—¡Por la rendija de la puerta nos han estado observando! ¡Y tú lo sabías!

La vi empalidecer.

—¿Estás loco?

—¿Loco? ¡Sucia! ¡Idiota!

No, no podía haberme equivocado. Tras la rendija, enormemente, innecesariamente ancha, había visto pasar una sombra. Di un salto de tigre, casi de espaldas contra la puerta, y la abrí de un golpe estrepitoso. El marqués de Casa-Grijaldos, como un ratero sorprendido, huía por el pasillo hacia el gabinete.



VII.—AHORA LO COMPRENDO TODO



No supe lo que hacía. Llegué tras él al gabinete, le acorralé y lo deshice a golpes. Pero él no chistaba, procuraba evitar mi furia escudándose el rostro con el brazo, arrinconándose más y más, sin un lamento, sin una protesta.

—¿Para eso me ha traído usted a esta casa, miserable?

El no respondía, y seguía en su rincón, humillado, resignado, procurando esquivar, en lo que le era posible, las acometidas de mis pies y mis puños. Al fin, a mis interrogaciones apremiantes, a mis insultos feroces, contestó con una confesión bochornosa.

—Puede hacer de mí lo que quiera. Puede seguir insultándome, golpeándome—me dijo—. Puede escupirme al rostro... Puede matarme, si le parece... No, no me despreciará usted tanto como

ya me desprecio a mí mismo... Ya lo sé: para mí no hay disculpa, y sólo merezco que me aplasten, que me pisoteen como a una babosa. Y aun hay para mi vergüenza menos disculpa, porque estoy convencido de que ya no tengo redención... Algunas veces lo he intentado... Nada, todo inútil; he vuelto a reincidir siempre... En mi degradación, como último recurso para despertar mis sentidos, he llegado a esto: a ser yo mismo el que busca amantes para mi querida...

Daba horror contemplarlo. Hundido en la amplia poltrona, sin atreverse a mirarme, temblaba como un epiléptico, la boca retorcida en una contracción de repugnancia... Le sangraban unos rasguños en la mejilla y en el cuello. Incesantemente se pasaba el pañuelo por el rostro para enjugarse el sudor y la sangre...

Siguió su confesión horrenda, entrecortada por largos silencios para facilitar la respiración que se agudizaba en los bronquios con un macabro silbar de agonizante.

No era aquella, desde luego, la primera vez que introducía a un hombre en la alcoba de su querida. Pero jamás, hasta entonces, había sido el truco descubierto.

—No tiene usted idea de mi vergüenza, de mi martirio... Luego, esta mujer, esta mujer que se presta a todo, enferma como yo, pero enferma de codicia y de usura, como sus padres, como su familia toda... Usted sabe que tengo propiedades en

Soria: es hija del capataz de una de esas propiedades. Fué como una secreta confabulación de ella y de todos los suyos. Yo me di perfecta cuenta del caso... y me dejé conquistar. La poseí por primera vez en el pueblo, en su misma casa, en su misma alcoba... Bien sabía yo que nadie vendría a sorprendernos ni a molestarnos. Accedí a fugarme con ella, y digo accedí porque sus padres sabían perfectamente que iba a hacerlo, y secretamente lo dispusieron todo para que pudiéramos «fugarnos» con las menos molestias posibles. Ya en Madrid aceptó desde el primer momento todos mis caprichos y todas mis extravagancias. Hasta juraría que es feliz... Me dejo robar sin gran trabajo, y ella es una gran administradora. En esta casa, ya lo ve usted, nada de lujos ni más ostentación que la de su mal gusto. Toda la ganancia—y no debe ser poca—vuela directamente al pueblo, y allí se multiplica en compras habilísimas, en préstamos sobre hipotecas, en operaciones usurarias de una sordidez inconcebible. ¿El amor, la juventud, el sexo? ¡Bah! Todas estas zarandajas la tienen sin cuidado. Su codicia insaciable se ha desarrollado, sin duda, a expensas de todos los demás sentimientos. Usted la ha visto: es torpe como un guijarro; sólo es avisada, de una aguda percepción asombrosa cuando juegan el interés y la usura. Si ruega, si exige a veces una práctica anormal, no es por ella, sino por ser-

vir el vicio del señor, del «amo» que paga generosamente...

Acabó de hablar, se arrellanó en la butaca, como si empezara a sentirse enfermo, como si al temblor nervioso hubiera sucedido un intenso temblor de fiebre. Además, le veía huyendo de mis ojos, posando los suyos aquí y allá, con tal de no afrontar mi mirada, y encogiéndose más y más en la poltrona como en un ansia infinita de esquivarse, de escamotearse y desaparecer...

Yo no añadí una palabra... ¿Podía hacer otra cosa? ¿Repetir mis insultos, cebarme en la víctima que empezaba por conocer su culpa y aceptar de antemano todos los castigos? ¿Consolarle, en cambio, con manidas frases sobre su flaqueza humana para acabar con el consejo beato de un sincero propósito de enmienda? No, nada de esto... ¡Salir, salir cuanto antes de aquella casa, cuyas puertas se me habían abierto para hacerme sufrir una experiencia tan abrumadora!

Y cuando ya en la calle me acarició la brisa leve de la madrugada, miré estupefacto a mi alrededor y me restregué los ojos con fuerza, como si despertara repentinamente de una angustiosa pesadilla.

FIN

Compre usted

LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta